

***Costa desde el exilio.***  
***El caso de la revista Aragón***  
***(México, 1943-1945)***

POR  
ELOY FERNÁNDEZ CLEMENTE  
(Universidad de Zaragoza)

Mientras que es ya un tópico hablar de la influencia de Costa en la Dictadura de Primo de Rivera<sup>1</sup> o incluso en la de Franco<sup>2</sup>, no es ni mucho menos tan frecuente el estudio de su eco en la II República, la Guerra Civil o el exilio<sup>3</sup>. Lo cual resulta tanto más sorprendente cuanto que el franquismo, a pesar de seguir alguna de las líneas costistas (política hidráulica, sobre todo) ya iniciadas en la Dictadura anterior, tenía verdadera alergia por muchos de los escritos del «León de Graus» y su propia figura de republicano y ateo. Sin embargo, y quizá debido a esa especie de sino que ha perseguido casi siempre su memoria, tampoco hay una amplia literatura costista en la II República. Es un asunto que merece y espera un tratamiento en detalle.

Así lo entiende, por ejemplo, uno de los veteranos socialistas españoles, Andrés Saborit, que, aunque publica ya en España, en 1970, escribe desde el exilio<sup>4</sup> un libro tan confuso como interesante: *Joaquín Costa y el socialismo*<sup>5</sup>, en el que insiste en la maldición que pesa sobre esa figura a la que poco después llamará George Cheyne «el gran desconocido». En efecto, recuerda Saborit la preocupación de Luis Araquistáin, otro gran exiliado socialista, quien afirma que «está por escribir la crítica de Costa», lo que él hace, en cierto modo con ese libro, que califica de «a modo de prólogo de otros dos», en que recoge una antología de juicios de figuras tan destacadas como Giner, toda la generación del 98, Azaña, Ortega, Marañón, Pérez de Ayala y Américo Castro que, por cierto, según cita Saborit, considera a Costa como muy próximo al anarquismo. Esa es también la opinión de un viejo anarquista aragonés igualmente exiliado mucho tiempo, Ramón Liarte, en su edición de *Crisis política de España*<sup>6</sup>.

Pero, volviendo al tema que nos debe centrar, sabemos que en el exilio la figura de Costa queda despejada de connotaciones partidistas, en general, que desde luego él hubiera deseado, y se estudia y enfatiza su obra, sus principales críticas morales a una forma corrupta de política, reflejada ante todo, en sus estudios sobre oligarquía y caciquismo.

Pero no es muy estudiado. Méndez Calzada afirma en 1943, desde Argentina: «No hay, sin embargo, que yo sepa, homenajes periódicos a Costa en cualquiera de sus aniversarios; ni abundan, en honor suyo, los discursos o los monumentos recordatorios. No conozco que se haya formado una entidad de «Amigos de Costa» para exaltar lealmente su memoria, como las que abundan en todos los países en torno de alguna figura nacional prócer, sea de las letras o de las ciencias»<sup>7</sup>. Cree, desde luego, que «la República instaurada en 1931 fue, en materia agraria, la ejecutoria testamentaria, por así decir, de Joaquín Costa... uno de los precursores más decididos en el terreno doctrinario, de la actual legislación social española»<sup>8</sup>, ya que, concluye, «a través de las principales iniciativas en que la República concretó sus actividades se proyecta el genio precursor de Costa»<sup>9</sup>.

Si ello es visto así, desde un estudioso argentino que ya había publicado antes algunos trabajos sobre Costa, no será de extrañar a cuantos conozcan el significado de éste, que su nombre sea evocado con parecido tono por sus propios paisanos. Entre los más próximos, están algunos particularmente identificados con Costa no sólo por ser oriundos del propio Graus (Ángel Samblancat, exiliado en México), o de zonas muy próximas (Joaquín Maurín, Felipe Aláiz, que morirán en Nueva York y París), sino también por el peculiar estilo inconformista y rebelde, la fuerza del lenguaje, la radical postura vital, que comparten de una u otra forma todos ellos.

Pero es sobre todo entre la generación de los novelistas y escritores que va a residir al menos unos años primeros en México (Sender, «José Ramón Arana», Benjamín Jarnés), donde Costa va a encontrar un recuerdo muy significativo. Me refiero, va anunciado en el título, a la peripecia de la revista *Aragón*, de la que aparecen cinco números entre octubre de 1943 y marzo de 1945<sup>10</sup>, bajo la dirección de J. R. Arana. No es poca casualidad que aparezca, como órgano de una asociación de aragoneses en el exilio mexicano que lleva el nombre de Joaquín Costa, justo en el mismo año en que Méndez Calzada, como acabamos de ver, se asombra de la amnesia de sus compatriotas. Veamos cuáles son esos ecos.

Ya en el primer número, de gran formato, aparece en portada, en una de sus cuatro columnas, un «Ventanal» con una antología de «Palabras de Costa». En ese mismo espacio se anuncian los artículos considerados más importantes del número y uno de ellos es «Joaquín Costa», por José Ignacio Mantecón, el que fuera gobernador general del Aragón republicano y que alcanzará fama como experto mundial en Biblioteconomía. Es un artículo de gran envergadura, muy bien estructurado y escrito, en que se recuerdan los grandes trazos biográficos, la obra y el sentido de la misma, el fracaso político, y se ataca a cuantos han manipulado su pensamiento.

Pero a donde quiere ir el artículo es a la llamada moral a los aragoneses, recordando que Costa «partía siempre de Aragón y de tal manera lo caló, con tanta hondura, que quien quiera conocerlo, tiene que sujetarse a él... En este difuminado Aragón de hoy, que ha intentado pervertir la burocracia de

Zaragoza, encerrada en la ciudad, alejada del eterno Aragón —el alto y el bajo, sin medianías— el estudio de Costa, un estudio, como él, serio, resulta un imprescindible punto de apoyo para el porvenir. Más, aquí, desde fuera, donde nuestro pensamiento debe estar fijo, con tozudez, en el Aragón que renace en lucha heroica, derrochando dolor, acometiendo lo que es su síntesis, la injusticia jerarquizada». Y, acogiéndose desde el exilio a su mensaje, encuentra inspiración en quien «fue un emigrado en su propia Patria y marcó el ejemplo de quienes lo son por deber y no por casualidad».

Hay a continuación una página entera con el título de «Oligarquía y caciquismo» y la glosa de algunos párrafos de Costa. En la siguiente, en un recuadro, unas frases de Azorín sobre Aragón, citando en primer lugar a aquél, «último descendiente de una larga estirpe de grandes y fuertes caracteres aragoneses». Y todavía, en la penúltima, se da cuenta del primer acto, el 26 de agosto de ese año, de esa recién constituida «Peña aragonesa Joaquín Costa», de que *Aragón* es órgano. Se trata de una conferencia de Jarnés, a la que acuden, entre otros, Samblancat, Arana, Albar, Sánchez Ventura, Marín Bosqued, Mantecón, Viñuales, Tirado Benedí y otros muchos aragoneses, así como figuras intelectuales de la España peregrina como José Bergamín, Gallegos Rocafull, Andújar, etc.

En el segundo número aparece un largo artículo del gran pedagogo aragonés Santiago Hernández Ruiz, «Costa, Educador de España». Protestando, como Mantecón, de las manipulaciones sobre su figura, piensa que para el pueblo, «la vida de Costa aparece como una gesta, y su palabra como su propio canto. Y como ocurrió en las gestas antiguas, el pueblo se identifica con el héroe, y con sus hazañas, que ahora son palabras poderosas... Y este pueblo escoge aquellos pasajes que en menos espacio contienen más energía y mayores esencias y los graba en la memoria profundamente...». De ahí que «Costa fue educador de España en el primer y más trascendental sentido...: los grandes educadores de pueblos no han necesitado escribir libros. El tampoco lo hubiera necesitado. Pero su actividad le pedía todo, y tal vez este todo tenga un carácter simbólico de titanismo conveniente para el caso».

En fin, en ese segundo número, hay una crónica detallada de la constitución de la citada «Peña Aragonesa Joaquín Costa», en cuyo entorno aparece esta revista.

En el número 4, en portada, una frase de Costa sobre los viejos derechos aragoneses. Y, dentro, en su sección «Siembra. Problemas campesinos», unos «Fragmentos» de Joaquín Costa. Y en el cinco, que se despide, una nueva y amplia selección de fragmentos de Costa «Sobre Regionalismo», con aquel tan conocido texto en que matiza su postura ante «ese clamor de protesta que se levanta de las regiones menos sufridas contra los poderes centrales; ... ese movimiento de despego, y aún de hostilidad, de las provincias contra «Madrid» que toma grito de guerra o como bandera el regionalismo».

Este rápido repaso, que quiere llegar a tiempo de adherirse humildemente al homenaje que el Boletín de la Fundación Joaquín Costa quiere rendir al

más grande de los costistas, George Cheyne, muestra que, contra lo que podía parecer en las palabras preliminares, no fue precisamente olvidado Costa entre los exiliados aragoneses. Ningún otro personaje emblemático (y los hay en la revista citada, de Servet a Goya o Cajal, como es lógico) tiene tanto y tan reiterado predicamento entre ellos. Otra cosa es que la distancia que nos ha separado de nuestros abuelos haya sido descomunal, hasta hace bien poco. Cuantos hemos intentado saber de esos aragoneses de la II República, la Guerra Civil y el exilio, hemos tenido que peregrinar, muchas veces sin éxito, por hijos y parientes, amigos, periódicos de muy difícil obtención, libros que raramente entraban aquí. La sal derramada sobre la memoria colectiva ha sido eficaz, aunque al fin ese clamor de nuestros antepasados se abre paso. El caso de la revista *Aragón*, de que teníamos noticia hace muchos años pero jamás conseguimos encontrar hasta hace unos meses, es paradigmático. También su hallazgo, y esa edición inminente, de cuya introducción voy a ocuparme junto con mi viejo compañero y amigo José-Carlos Mainer. Vaya aquí este adelanto.

#### NOTAS

<sup>1</sup> Yo mismo estudié esa perspectiva en mi trabajo «Retórica regeneracionista y pseudocostismo en la Dictadura de Primo de Rivera», en las jornadas costistas de Huesca, 1983, recogidas en el volumen *El legado de Costa*, Zaragoza, 1984, pp. 139-173.

<sup>2</sup> El caso más conocido —y también discutido— es la afirmación sobre el «prefascismo» de Costa de E. Tierno Galván en su libro sobre *Costa y el regeneracionismo*, Barcelona, 1961, al que desde Tuñón de Lara a G. Jackson han respondido numerosos autores.

<sup>3</sup> G. J. G. Cheyne, en su insustituible *Estudio bibliográfico de la obra de Joaquín Costa (1846-1911)*, Zaragoza, 1981, nos informa de cómo es estudiado desde fuera de España por diversos autores, tanto hispanistas anglosajones o franceses como en ocasiones hispanoamericanos (no sé si lo es Rafael Bielsa, que escribe en Rosario, 1940, pero sí que lo es Luis Méndez Calzada, que publica en Buenos Aires, 1943, su *Joaquín Costa, precursor doctrinario de la República Española*); eran españoles, desde luego, Lerroux, Salvador de Madariaga, Ramos Oliveira, M. Buenacasa, Antoniorrobles, el citado Tuñón de Lara, F. Ayala o A. Jiménez Landi (que publica en Nueva York sobre los institucionalistas) o J. Xirau y López Morillas que lo hacen desde México. Todos ellos hablan de Costa con respeto y admiración.

<sup>4</sup> El prólogo va fechado en Ginebra, 1969. Allí conoció al nieto de Costa, Juan Ortega Costa, antiguo agregado comercial en la Embajada de la República Española en Bruselas durante la guerra y a la sazón traductor en la Organización Mundial de la Salud.

<sup>5</sup> Ed. Zero (distr. ZYX), Madrid, 1970, 180 pp.

<sup>6</sup> Producciones Editoriales, Barcelona, 1980. Allí afirma que «Costa no era político. Tenía demasiada talla, excesiva dimensión nacional e internacional, para ser hombre de Estado... El infatigable aragonés no estaba forjado para codearse con la malicia y la hipocresía» (p. 9). Y más adelante: «Costa no fue, ni por asomo, un político profesional. Desconocía la política militante. Despreciaba las intrigas y era enemigo de los corrillos» (p. 16). Para concluir: «Paradigma del Aragón colectivista libertario fue y sigue siendo el ideario de Costa, ya que sus lecciones orientaron la Revolución Social española» (p. 25). No muy lejos de esa visión estará, por ejemplo, la de Pierre Vilar cuando alude al populismo de Costa...

<sup>7</sup> L. Méndez Calzada, *op. cit.*, p. 7. Por cierto que este autor se pregunta: «¿En qué categoría incluirá la posteridad a esta genial figura? Fue, ante todo, un hombre de ciencia...» (p.

24), y afirma más tarde que era «la más alta autoridad de España en materias sociales y económicas» (p. 36), además de un gran divulgador.

<sup>8</sup> *Ibidem*, pp. 43 y 78.

<sup>9</sup> *Ibidem*, p. 101.

<sup>10</sup> Cuando escribo estas líneas, la Institución «Fernando el Católico», Fundación de la Diputación Provincial de Zaragoza, prepara una edición facsímil de esta revista, atendiendo el director de aquella, Ildefonso Manuel Gil, con entusiasmo mi propuesta, y gracias al amable préstamo de la única colección conocida por la Fundación «Pablo Iglesias», cuyo secretario, Enrique Moral Sandoval, ha dado todas las facilidades para ello.

